

Reflexión y crítica

La filosofía del futuro

Ildefonso Murillo

¿Cómo proyectar la filosofía del siglo XXI? Desde la actual situación filosófica, en que se cruzan múltiples caminos, se medita sobre los temas y problemas que ha de abarcar una filosofía futura.

Quiero meditar brevemente sobre la filosofía del futuro. No me planteo el problema de si habrá filosofía en el futuro. Los debates sobre la muerte o el fin de la filosofía son discusiones bizantinas, que no llevan a ninguna parte. Mientras haya ciencia, y no parece que la ciencia vaya a desaparecer ni a corto ni a medio plazo, habrá filosofía, al menos, como un intento de defensa de la ciencia o de defensa frente a la ciencia o de comprensión de la ciencia o de control humano de la ciencia.

Meditación es dejarse poseer por la verdad de la naturaleza y del hombre, de la cultura. Una verdad dentro de la que siempre anida el Misterio. Esta breve meditación, que no puede superar las seis páginas, quiere dejarse poseer por la verdad del quehacer filosófico. Quizás su lugar propio hubiera sido la presentación. Pero he preferido que siga a las reflexiones sobre las tareas que los autores anteriores señalan a la filosofía desde varias disciplinas: epistemología y filosofía del lenguaje, metafísica, teología y ética. Por mi parte deseo aludir, de algún modo, a lo que hay de común en todas esas tareas filosóficas, acentuar la naturaleza unitaria de la filosofía.

Nuestra situación filosófica

Una meditación actual sobre la filosofía del futuro ha de comenzar por una reflexión sobre nuestra situación filosófica. ¿Que la filosofía presenta hoy una variedad inabarcable? ¿Que desde los presocráticos hasta el momento actual han sido abiertos innumerables caminos? Esto no tiene por qué sumergirnos en el desconcierto o en el desaliento. Contamos con un abundante fondo de posibilidades, inconcebibles para pensadores tan geniales como Platón y Aristóteles. El diálogo de la filosofía con el cristianismo, lo mismo que con las ciencias naturales y humanas, ha generado nuevas ideas: persona, evolución...

También en filosofía, la historia debe ser la maestra de la vida a la hora de proyectar el futuro. Pues la filosofía es un quehacer humano. Como la ciencia, el arte y la religión, es huella del hombre. Las obras filosóficas, como cualquier otra creación cultural, remiten siempre al hombre. Y toda actividad propiamente humana nace de un proyecto. Lo cual implica siempre un fin u objetivo.

Claro que a veces los objetivos de los filósofos se vuelven en contra de las posibilidades más ambiciosas de la filosofía. Recordemos lo que Moritz Schlick, la figura en torno a la cual fraguó el famoso Círculo de Viena, escribió en el año 1930: «En mi opinión en el momento presente ya estamos en posesión de los medios que hacen innecesario en principio un conflicto de esta naturaleza [el estéril conflicto entre los sistemas filosóficos]... La característica positiva del viraje del presente, se halla en el hecho de que reconocamos a la filosofía como un sistema de actos en lugar de un sistema de conocimientos»¹. De este modo, saludaba con gozo el viraje lingüístico de la filosofía, que para él significaba la definitiva pérdida de toda herencia metafísica, de toda pretensión cognoscitiva sobre el sentido de la vida humana u otros temas.

Un dato incuestionable de la historia de la filosofía son los períodos de crisis, especie de agujeros negros que absorben aniquiladoramente todas las aportaciones constructivas del pasado y del presente. Sin llegar a esos extremos, el movimiento llamado «posmoderno» ha producido un desplazamiento de la totalidad armonizadora de lo diverso a los fragmentos, de las certezas a las incertidumbres. Bajo diversas formas, de un escepticismo más o menos radical, el pesimismo filosófico nos sigue amenazando en el momento actual. Una típica forma de ese pesimismo es la defensa que hace Murguerra de la perplejidad como actitud filosófica casi insuperable.

Al hacer balance de la filosofía del siglo XX, vemos que quedan preguntas abiertas.

La principal cuestión es la de la razón. Y la filosofía, aun en el momento actual, no puede desentenderse de la reflexión sobre la razón misma, ya sea o no, como afirma Heidegger², su verdadera administradora.

El uso filosófico de la razón

Los objetivos de la filosofía del futuro dependen, ante todo, de nuestra manera de entender las posibilidades de la razón humana. Quizás muchas confusiones de la actual situación filosófica, a las puertas del siglo XXI, nacen de que, a pesar de la conciencia que hoy se tiene de lo irracional, la

¹ «El viraje de la filosofía», en A.J. Ayer (ed.): *El positivismo lógico*. FCE, México, 1993, p. 60-62.

² *Was ist das - Die Philosophie*, Pfullingen, 6ª ed. 1976, p. 4.

mayoría quiere escudarse en el prestigio de la razón. Se habla de razón teórica, razón práctica, razón dialógica, razón científica, razón filosófica, razón instrumental, razón vital, razón poética, razón estética, razón mítica, razón religiosa, razón teológica, razón profética, razón dialéctica, etc.

¿Qué se entiende bajo esas expresiones? ¿Son distintas razones? ¿Se nos presenta la palabra "razón" verdaderamente como *equivoca*: como remitiendo a significados que no tienen nada que ver entre sí? Más que de razones distintas, yo preferiría hablar de usos distintos de la misma y múltiple razón subjetiva (la de cada uno): uso teórico, práctico, dialógico, etc. Cada uso constituiría un tipo distinto de racionalidad (diversa según los objetos a que se aplica la razón y los métodos que se emplean).

La situación actual en la manera de entender la razón filosófica (filosofía analítica, constructivismo, racionalismo crítico, escuela de Francfort, hermenéutica, neoescolástica, personalismo, tendencias filosóficas posmodernas, etc.) creo que tiene dos principales fuentes o puntos de referencia: Kant y Hegel. Todo lo que viene después, salvo los que se mueven en la perspectiva prekantiana y prehegeliana, es, en mayor o menor medida, reacción a favor o en contra de esas dos concepciones de la razón.

Mientras en Kant hallamos una concepción pesimista de la razón, Hegel promueve una concepción optimista, capaz de remontarse hasta el saber absoluto (el saber del todo existente en todo su desarrollo). Casi todas las concepciones actuales de la razón están más cerca de Kant que de Hegel. Recordemos, por ejemplo, a Popper, a Muguerza y a Lyotard.

¿Quién señala la legitimidad de un uso de la razón? No hay ninguna instancia superior a ella. La radicalidad de la razón (la capacidad humana de radicalidad crítica) podemos aplicarla a la misma razón. Podemos reflexionar sobre sus límites y posibilidades en general o en particular. Reflexión a la que se suele designar con la expresión "crítica": crítica de la razón teórica, crítica de la razón dialógica, etc.

Zubiri, al ejercitar esa reflexión, descubrió en el hombre la inteligencia sentiente, que está en la base de todos los usos de la razón. De él (de su trilogía, sobre todo) se pueden recibir ayudas importantes a la hora de criticar o intentar superar las concepciones pesimistas de la razón, sin caer en algún tipo de racionalismo de los que históricamente se han dado o pueden darse.

El problema de la razón vital o histórica, de la razón compasiva, de la razón arrodillada, sobre la que emocionadamente reflexiona Carlos Díaz, surge también en la reflexión crítica sobre los usos de la razón. En esa reflexión nos podemos dar cuenta, aunque no hayan faltado en la historia gigantomaquias racionalistas, de que la finitud y la historicidad afectan a cualquier uso de la razón.

Estoy enunciando obviedades. Pero, a veces, las cuestiones que parecen más sencillas, por suponer que las conocemos, que son evidentes, son las más difíciles de reflexionar.

Las palabras razón y racionalidad designan campos donde hoy se juegan, quizás, las más decisivas batallas intelectuales: sentido, límites y posibilidades de las ciencias y de las tecnologías, orientación ética y política, naturaleza y función humana de la religión...

A la hora de querer abordar racionalmente el problema de la transformación de la sociedad, de la orientación de la política y de la crítica negativa o defensa de la religión, muchos problemas surgen, siendo insalvables los conflictos, porque se ponen todos los usos de la razón al mismo nivel o porque se identifica la razón con uno de sus usos o porque se mezclan confusamente unos usos con otros o se identifican unas dimensiones del conocimiento con otras o se confunde la razón con lo que no es razón. Por tanto es imprescindible caer en la cuenta de que no todos los usos de la razón sirven para todo, que existe una jerarquía en los usos de la razón.

Me permito añadir varias observaciones relacionadas con lo dicho anteriormente y que, a mi parecer, afectan a los posibles objetivos de una filosofía futura:

1. Dos continentes enormes y, con frecuencia, incomunicados de la cultura actual son la ciencia y la religión. Sólo la filosofía puede tender puentes entre ellos. Y algunos filósofos, por ejemplo, Leibniz, los han construido. Hay que tratar de mantener abiertos los puentes, sabiendo que son sólo puentes, pero que son *puentes*. El uso filosófico de la razón puede abrir abismos infranqueables o tender puentes entre ciencia y religión, entre razón teórica y razón práctica.

2. El hombre no es sólo razón. Ni todo en el hombre se reduce a la razón o depende de la razón, ni la razón del hombre es omnipotente. Hay que tener en cuenta, por consiguiente, el funcionamiento concreto de la razón: la influencia de la afectividad, de las pasiones, de los traumas históricos (Gulag, peligro atómico...), etc.

3. Conviene atender, por lo menos, a cuatro significados tradicionales de razón: facultad intelectual, *ratio cognoscendi*, *ratio essendi*, entendimiento discursivo.

4. Veo la crítica de la sociedad y de la cultura, sobre todo, en relación con la razón religiosa y la razón filosófica. Pero conviene no mezclar, distinguir lo mejor posible, ambos tipos de razón y racionalidad y saber que la razón religiosa, al menos la cristiana, no intenta comprender absolutamente el Misterio.

5. En el hombre concreto se dan distintos usos de la razón. Por tanto, a fin de evitar los conflictos, que en las relaciones del uso religioso con el filosófico o científico han conducido, a veces, a la teoría de la doble verdad o al fideísmo, se ha de establecer una jerarquía entre los usos de la razón.

6. El uso religioso de la razón ha jugado y sigue jugando un papel indispensable en la historia humana. No sería justo identificar a la religión con el oscurantismo o con la opresión del hombre por el hombre, como a veces se ha hecho en la tradición ilustrada.

7. El uso filosófico de la razón que me parece más necesario en el momento actual es el uso *integrador*. Las tendencias utilitaria, naturalista y antropológica de la razón ilustrada, tal como cristalizaron en el siglo XVIII y luego se desarrollaron posteriormente, pueden ponerse al servicio de un uso filosófico integrador que no excluye la religión ni la asimila (Religión dentro de los límites de la pura razón) y que tiene en cuenta al hombre de carne y hueso. Tal uso de la razón puede contribuir a dejar abierto el mundo humano para la razón religiosa, la razón profética, la invocación y el compromiso por el otro, puede servir de puente entre las culturas puramente seculares o paganas y el Cristianismo, ayudar a vivir intelectualmente no desgarrado.

8. Por supuesto, también me parece necesario un uso filosófico discernidor y profético (denunciante de las falsas razones y de los falsos proyectos de humanidad).

9. Como punto de partida, se requiere una confianza básica en la capacidad iluminadora (crítica) y orientadora de la razón. Debemos situarnos fuera de los tres remolinos que hoy amenazan con ahogar toda actitud constructiva en filosofía de lo real: el irracionalismo, el escepticismo y el metalenguaje.

10. La voluntad de testimonio o praxis en un filósofo no ha de oscurecer la voluntad de verdad teórica.

11. Un filósofo no debe quedarse en la mera crítica o análisis o síntesis de la realidad natural e histórica; pero debe ocuparse de esos objetivos, sabiendo que de ese modo se queda ante las murallas del castillo (el Misterio último de lo real).

Proyecto de filosofía para el siglo XXI

Nuestros proyectos filosóficos, sin embargo, no deben reducirse a meditar sobre las posibilidades y límites de la razón humana. El viraje gnoseológico y el viraje lingüístico de la filosofía nos han permitido profundizar en determinados temas. ¡Cómo no apreciar en todo su valor las contribuciones de muchos filósofos modernos y contemporáneos a un análisis profundo y matizado del conocimiento humano, del lenguaje humano! Pero los problemas filosóficos desbordan el tema del conocimiento y del lenguaje. Los proyectos de filosofía para el siglo XXI no han de renunciar a la ambición de superar los conflictos filosóficos del pasado y del presente. Y hemos de realizar esa tarea armonizando desde una perspectiva integradora todas las aportaciones apreciables que hallemos en nuestro camino. Sería insensato confiarnos sólo a nuestras propias investigaciones o al reducido horizonte de una escuela cuando podemos aprovechar el esfuerzo creativo y la experiencia intelectual de muchos otros filósofos.

El futuro de la filosofía será lo que nosotros hagamos de él. «Atrévete a proyectar», esa es la consigna que debe animarnos en este momento de la

historia. Nuestros proyectos serán tanto más ambiciosos cuanto mayor sea nuestra confianza en las posibilidades del uso filosófico de la razón y cuanto más robusta sea nuestra voluntad de verdad.

Tales proyectos nos ayudarán a plantearnos radicalmente una pregunta que nos afecta a todos: ¿Qué hombres deseamos ser en el futuro? La filosofía nos puede ayudar a reflexionar sobre este problema y a elegir lúcidamente entre las distintas posibilidades que se nos brindan. El hombre no sólo debe crearse a sí mismo, sino que debe decidir lo que quiere ser.

El siglo XX deja como una de sus herencias la incertidumbre acerca del ser del hombre. Sabemos cómo las aspiraciones nacionalsocialistas y marxistas de realizar por la fuerza su ideal de un «hombre nuevo» terminaron en un estrepitoso, trágico y descomunal fracaso.

De cara a un nuevo siglo vale la pena que nos esforcemos por ser clarividentes, creativos y emprendedores. Pues la filosofía del futuro, más cercanamente la de comienzos del siglo XXI, sólo puede ser todavía proyectos, deseos y esperanzas. Es lo que he intentado expresar en esta breve meditación filosófica.

Noviembre 1999